

FERNANDO
SAVATER



*Los
invitados
de la
princesa*

*Para ti, princesa.
Y como ingenuo homenaje a
Boccaccio, Chaucer... y Jean Ray.*

*«La vida en la tierra sale bastante barata.
Por los sueños, por ejemplo, no se paga ni un céntimo.
Por las ilusiones, sólo cuando se pierden.
Por poseer un cuerpo se paga con el cuerpo».*

W. SZYMBORSKA, Aquí

LUNES

El ala del avión se alzó suavemente, como el aspa de un molino gigantesco a la espera de un caballero iluso que derribar. Comenzaba el descenso. Xabi Mendia volvió a preguntarse por qué milagro él, que sufría vértigo hasta al subirse a un taburete, disfrutaba inmensamente con los paisajes empequeñecidos por el picado de la perspectiva aérea. También gozaba con una visión más próxima y a la altura de sus ojos, del enérgico trasero de la azafata que se bamboleaba sin perder el equilibrio mientras recorría el pasillo para asegurarse de que todo el mundo llevaba el cinturón abrochado y había plegado la mesita delantera. A Xabi le encantaban las mujeres uniformadas, disciplinadamente sensuales. Y casi todas las demás. La megafonía anunció que aterrizarían dentro de diez minutos.

Allá en lo profundo, bajo la superficie verdosa del mar, aparecían manchas más oscuras de escollos y roquedales. Ya estaba muy próxima la costa escarpada de la isla, entrecortada por lo que parecían playas pedregosas y poco hospitalarias. Según había leído en la guía turística (que como era inglesa no ocultaba los detalles menos favorecedores) el aeropuerto de Santa Clara estaba situado sobre el mismo pretil del acantilado y tenía una pista demasiado breve, que solían barrer además vientos adversos. Era fre-

cuenta que los pilotos tuvieran que intentar el acercamiento varias veces, abortando el aterrizaje en el último momento. A Xabi Mendia eso no le preocupaba, pues del placer de volar le gustaban hasta los sobresaltos.

Pero el avión encontró su camino tras apenas un par de bandazos y machacó sus ruedas contra la pista con firme determinación. Luego circuló con serenidad hacia el edificio central, alejándose del borde del precipicio y de la tentación del mar. Xabi Mendia respondió a la sonrisa profesional de la azafata que los despidió en la puerta del aparato, pensando que debería ser aceptable darles un par de besos —amistosos, claro— cuando el vuelo ha transcurrido felizmente. Al bajar por la escalerilla, la tibieza muy grata de la temperatura y un vago matiz aromático en el aire le recordaron que estaba en noviembre, pero en el hemisferio sur: primavera.

Mientras esperaba junto a la cinta de equipajes, examinó a sus compañeros de viaje. Lo más probable es que alguno o varios de ellos viniesen también al congreso. ¿Quizá aquel tipo gordo, de rostro malhumorado por el cansancio, que examinaba la abertura semitapada por tiras de cuero por donde debían aparecer las maletas como si esperase la salida al ruedo de un toro bravo? Tenía un aspecto fastidiosamente cultural, a juicio de Xabi. En fin, el equipaje se hacía esperar. Por los altavoces anunciaron la cancelación de una serie de vuelos. «Esperar la maleta... la última zozobra», murmuró junto a él un anciano caballero. Mendia le miró de reojo y luego más francamente. No era muy alto, aunque lo parecía por su delgadez. Vestía con traje y chaleco, lo menos adecuado para un largo viaje, y conservaba una abundante cabellera blanca pese a su edad —más de ochenta, probablemente—, la cual había dejado una nevada de caspa en sus hombros. Xabi Mendia se emocionó.

—Perdone. ¿Es usted don Nicolás Nirbano?

El viejo asintió con una breve sonrisa. Luego estrechó la mano casi temblorosa que Mendia le ofreció para darle un fervoroso apretón.

—Yo le admiro... le admiro muchísimo... le he leído desde hace tantos años. Javier Mendia, para servirle.

—Encantado, muy amable. —Su voz era suave y oscura, pero no cascada—. Supongo que viene usted también a este aquelarre que nos han preparado aquí. ¿Es novelista o poeta?

—No, ya quisiera... Soy periodista, vengo a cubrir el congreso para la revista *Mundo Vasco*. Pero encontrarle a usted así, nada más llegar... me ha emocionado cantidad.

—Ya lo veo. Supongo que me daba usted por muerto a estas alturas —rió con discreción, agitando entonces su melena blanca—. A muchos les pasa. Incluso a mí mismo a veces, no crea...

Por suerte para el ofuscado Xabi, que negaba la hipótesis macabra lo mejor que podía pese a que era cierta, en ese momento comenzaron a salir las maletas. Recogió la suya y luego ayudó a Nirbano con la suya, dispuesto a cumplir como un buen chicarrón del norte. De lo cual francamente tenía poco, para su pesar, porque era de estatura algo menos que mediana y con más grasa en la cintura que pelo en la cabeza, ya tan joven. Pero andaba siempre bien tieso y no se arrugaba ante nadie, ni apenas ante el sexo femenino.

Los trámites de la aduana les entretuvieron un poco porque un funcionario escrupuloso revisó su equipaje con morosidad. Mendia tuvo ocasión de recordar entonces que en Santa Clara actuaba un grupo terrorista, aunque últimamente hubiese dado pocos motivos de alarma. Tras la puerta de salida, al principio, no vieron a nadie que pareciese esperarlos a ellos, entre la diversidad de novias, padres y amigos que habían acudido a recibir a otros. Pero al fondo del vestíbulo, en uno de los pocos asientos disponi-

bles, estaba cómodamente repantigado un individuo mal afeitado que jugueteaba con un cartel. Xabi tuvo una escarmentada intuición y se acercó a él hasta poder leerlo: «Nirbano, Lequiem, Mendia». Llamó con un gesto a su compañero y se identificó ante el yacente.

El tipo se puso en pie sin prisas. Consultó su lista:

—Mendia, ¿no? Y Nirbano. Pues me falta uno.

—Estará recogiendo su equipaje...

La sencilla explicación no bastó al enviado. Presa de una súbita urgencia que nada en su actitud anterior hacía esperar, corrió hacia la puerta de salida gritando «¡Lequiem, Lequiem!» como si pidiese socorro. El señor gordo que Xabi había visto antes aguardando en la cinta se aproximó presuroso, arrastrando un maletón más pesado que él. «¡Bingo!», se felicitó Mendia. Tras repasar innecesariamente su lista una vez más, el nativo los condujo hasta un minibús y les recomendó guardar los bultos en la parte trasera, aunque sin hacer el mínimo gesto de ayudarles en la tarea. Después se instalaron en el vehículo, el gordo al lado del chófer para ir más ancho y los otros dos, juntos detrás. Y arrancaron rumbo a lo desconocido.

—¡Menuda suerte han tenido ustedes! —comentó el conductor, casi con reproche—. El suyo ha sido el último.

—¿Cómo que el último? —preguntó el gordo.

—Pues sí, el último vuelo que ha podido aterrizar. Todos los demás están anulados, salidas, llegadas, todo. Ya saben, las cenizas esas del puto volcán.

En efecto, había un volcán en Santa Clara que había entrado impertinentemente en actividad y sus cenizas amenazaban el tráfico aéreo. Mendia estuvo preocupado por el asunto los días anteriores, pero una vez en marcha se había olvidado a medias de ese posible inconveniente.

—¿Quiere usted decir que ya no hay vuelos de regreso?

—La voz del gordo mostraba preocupación.

—Ya le digo: ni llegadas ni salidas. Han cerrado al tráfico el aeropuerto.

—Y... ¿hasta cuándo? —se inquietó el gordo.

—¡Yo que sé! —gruñó sádicamente el chófer, mientras propinaba copiosos bocinazos para abrirse paso.

Muy fastidiado, el obeso pasajero se quedó rezongando por lo bajo. Mientras, en el asiento trasero, Xabi Mendia testimoniaba lo mejor que podía su admiración al viejo Nirbano.

—Su ensayo sobre *Moby Dick* es de lo mejor que he leído en mi vida. Melville y la novela total, su angustia trágica... muy bueno, buenísimo. Y también su hipótesis de que Sandokán podría haber sido el hijo del capitán Nemo. ¡De primera! Todo lo suyo me parece de primera...

—Muy amable, amigo Mendia. Pero ya ve usted, son cosas antiguas y de discutible interés. —Se encogió de hombros, con algo de resignada coquetería—. No son crítica literaria, ni verdadera literatura. «Porque eres tibio te vomitaré de mi boca», dijo el Señor... Quise solamente aumentar el placer de quienes ya leen por placer, lo que siempre me condenó a un público reducido, hoy quizá extinto.

—Le aseguro que para mí fueron muy importantes —insistió fervoroso Mendia.

—Pues nada, estupendo, me conformo con eso —re-mató el anciano sin ocultar el punto de ironía.

En menos de veinte minutos llegaron a su destino. Un portalón bizarro y grandilocuente sobre el que flameaba un rótulo insuperable: Hotel Gran Universo. El chófer les advirtió que era el mejor de Santa Clara.

—No lo dudo —le comentó Nirbano a Mendia en tono sosegado—. Aunque lo de Gran Universo es exagerar un poco. Acepto Gran Hotel Universo o incluso Hotel Microcosmos, pero empeñarse en engrandecer al universo mismo suena demasiado grandilocuente, ¿no?

Recordando que la publicación para la que trabajaba se llamaba *Mundo Vasco*, Xabi prefirió guardar un prudente silencio.

En el vestíbulo había ostentosos carteles que daban la bienvenida «a los participantes del Festín de la Cultura». Otros anunciaban: «Hoy, Jornada Mundial del Bacalao». Tras registrarse en el mostrador correspondiente, se les entregó una bolsa llena de guías turísticas y gastronómicas de la isla, mapas, un libro con fotografías artísticas de amaneceres y atardeceres especialmente vistosos en varios rincones de Santa Clara, sus acreditaciones y bonos de manutención, así como un sobre con la mención «urgente» que los convocaba para dentro de apenas una hora en el Salón Imperial del hotel, donde iban a darles una serie de informaciones importantes.

De los dos géneros de viajeros más radicales, los que protestan por todo y los que disfrutan con todo, Xabi Mendía había elegido siempre el segundo bando. Su divisa podría ser «como fuera de casa, en ninguna parte». La habitación del hotel le pareció suntuosa: no tenía vistas al mar, sino a una calle que evidentemente llegaría hasta el mar antes o después. ¿Acaso no estaban en una isla? De modo que sin dilación se dio una rápida ducha, utilizando como complemento de su aseo el botecito de gel que encontró en el baño (aroma de vetiver, con lo que le gustaba a Xabi el vetiver), se puso una camisa limpia y hasta corbata, para luego lanzarse a la búsqueda del Salón Imperial en el que tendría lugar su primera reunión. Animado por el encuentro con Nirbano, estaba seguro de que iba a conocer a gente destacada, monstruos sagrados (vaya lo uno por lo otro), además de escuchar propuestas y opiniones notables que él sabría resaltar en sus artículos. Finalmente ligaría. Ligar también, desde luego, sobre todo: era la ilusión fundamental que sazónaba siempre sus viajes y a la cual la experiencia de sucesivas frustraciones no le hacía renun-

ciar. Xabi estaba convencido de que el espacio exterior —fuera de su *txoko*— rebosaba de mujeres de acceso fácil y apetencias promiscuas (algunas, por cierto, deliciosamente mayores que él), aunque las que luego él solía encontrar pertenecieran a un género más recatado.

El Salón Imperial estaba en el primer piso y alardeaba de una fastuosidad de baratillo, propia para celebrar banquetes de bodas o bautizos. Era enorme y en él se despistaban ya casi un centenar de personas, que charlaban en sus asientos o formando corros en los pasillos laterales. En la misma puerta se encontraron de nuevo Xabi Mendia y Nicolás Nirbano, que entraron juntos. El anciano no se había cambiado de ropa y mostraba un aire indudablemente fatigado. De inmediato cayó sobre ellos un tipo bajito, colorado y agresivamente desenvuelto.

—Pero bueno, ¡a quién tenemos aquí! ¡Nada menos que el gran Ni-Ni en persona! —Hizo un falso aparte para explicarle a Xabi, en tono no menos jacarandoso—: Llamamos así a don Nicolás por las primeras letras de su nombre y apellido, claro, pero sobre todo porque se las arregla para contradecir a todos por igual, digan blanco o negro. ¡Es una institución, créame! Soy Samuel Futurano, el novelista.

—Javier Mendia, de *Mundo Vasco*, encantado.

Con tono amablemente soñoliento, Nirbano le felicitó por su último libro, *Victoriosa derrota*.

—Muy singular, una obra coral bien desarrollada. Creo que te has superado, Samuel.

El elogiado asintió con cierta suficiencia y se alejó hacia otro recién llegado para chillarle con la misma campechana familiaridad su bienvenida. Xabi Mendia estaba algo escandalizado por la irreverencia con la que se había tratado a su ídolo. Aquel voceras se dirigía a Nirbano como si hablase con un igual o, peor, con un principiante. ¡Vaya maneras! Don Nicolás percibió su desagrado y lo derogó cariñosamente.

—Mire, Mendia, mi maestro Ambrose Bierce aconsejaba que quien desee ser considerado grande por sus contemporáneos debe procurar no ser mucho más grande que ellos. Descuidé tomar esa precaución y aquí me tiene: uno de tantos.

—En cambio usted ha tenido la consideración de elogiar la obra de ese fulano, don Nicolás.

—¡Ah, en eso sí que sigo siempre las indicaciones de Bierce! Fue él quien dijo que la forma más alta y más rara de desprecio es el aplauso al éxito de otro. Añado por mi parte que es la única altanería que pasa inadvertida, por lo que conquista simpatías y lima animadversiones...

Poco a poco, el salón se había ido llenando. La mayoría de la gente denunciaba, por su ropa arrugada, sus rostros mal afeitados (ellos) o despintados (ellas) y con universales bostezos, las huellas fatigosas del viaje. Flotaba en el ambiente la inminencia de una mala noticia, un primer fastidio de alcance aún indeterminado. Xabi Mendia reconoció algunos rostros más populares que célebres, pero no pudo localizar al reciente Premio Nobel de Literatura, el polaco de nombre difícilmente pronunciable cuya presencia se anunciaba como uno de los reclamos del evento. También hizo una breve inspección del personal femenino, sin resultados especialmente alentadores. Claro que, por el contrario, las azafatas de ceñidos uniformes y faldas cortísimas tenían un excelente nivel. En especial una mulata cuyas formas no habría disimulado ni un burka y cuyo único defecto era haberse situado con obstinada firmeza en el rincón más alejado de Xabi. En fin, esperar y ver, o sea, tiempo al tiempo...

Un estrado con varios micrófonos presidía, aún vacío, la reunión. Por fin se decidió a subir a él un personaje rechoncho y calvo que llevaba un rato prodigando sonrisas y apresurados saludos, mientras miraba constantemente su reloj. A Mendia le recordaba bastante a una versión antro-

pomorfa del Conejo Blanco de Alicia. Abrió los bracitos como si quisiera echar a volar y reclamó atención.

—¡Amigas, amigos, buenas tardes! Sean muy bienvenidos a nuestro Festín de la Cultura. Soy Fulgencio, el secretario general y estoy a su disposición para atenderlos en todo lo necesario. Y también en lo innecesario, si se les presenta ese capricho, je, je. Voy a ser muy breve, porque ya sé que todos ustedes están cansados del viaje y la jornada de mañana será más intensa. Pero no tengo más remedio que anunciarles la suspensión de la recepción y cena de gala que teníamos programada para esta noche. La señora presidenta, alma máter de este congreso y anfitriona de todos ustedes, no ha podido aún regresar a Santa Clara para estar con nosotros. Ya saben que de momento el aeropuerto está cerrado por culpa de nuestro viejo y malhumorado Ireneo, el volcán de la isla. No ha tenido mejor ocurrencia que llenar el cielo de una ceniza que dificulta mucho la navegación aérea, vaya modales, ¿eh? —volvió a lanzar su risita nerviosa—. Por cierto, la ascensión por la ladera practicable del volcán es una preciosa excursión que les recomiendo hacer cuando ese gruñón se calme un poco. En fin, que doña Luz Isabel sigue en París, de donde vendrá en cuanto le sea posible hacerlo. Pospondremos la recepción y la cena de gala hasta su regreso, como es natural.

Hubo cuchicheos en la sala, alguna broma a media voz seguida de risitas y no pocas expresiones de inquietud o fastidio. El secretario volvió a aletear para pedir silencio.

—Les aseguro que es un inconveniente menor, el tráfico aéreo se reanudará probablemente mañana o pasado todo lo más. Entre tanto, las sesiones del Festín tendrán lugar como estaba planeado y espero que todos ustedes disfruten de la famosa hospitalidad santaclareña...

—Quiere usted decir que... que estamos atrapados en la isla. —La voz de Lequiem, el gordo pasajero que había

acompañado a Mendia y Nirbano, sonó estridente y temblorosa.

—Por favor —insistió en la risa conejil—, cómo se le ocurre... Ya le digo que es algo transitorio, que probablemente mañana mismo estará solucionado. Si no recuerdo mal, señor Lequiem, su apreciada intervención debe tener lugar mañana por la tarde y su partida está prevista para el miércoles. Pues bien, no se preocupe, podrá usted cumplir su programa de viaje con toda normalidad, ya lo verá.

El gordo no se tranquilizó, todo lo contrario. Se había puesto en pie, aflojándose la corbata con la mano como si se ahogara. Los demás le miraban con ese aire de divertida compasión con que consideramos los agobios que aún no tenemos que compartir.

—¡Usted no lo entiende! No puedo quedarme así, en la isla, sin escape...

—Hombre, sin escape no —dijo con airecillo chistoso el secretario—, le queda el barco. Claro que tarda dos días en llegar al continente y no es demasiado confortable, de modo que...

—¿Cuándo sale? —le interrumpió el angustiado.

—¡Caramba! —se notó que el secretario estuvo a punto de utilizar un término más fuerte, porque era evidente que empezaba a sentirse molesto—. Pues mire, hay uno que sale esta misma noche.

Sin añadir palabra, el gordo se abrió paso a tropezones y con pocos miramientos hasta la puerta, dejando tras su desaparición un rastro de rumores, unos curiosos y otros enfadados. El secretario general se secó la frente con el pañuelo, más Conejo Blanco que nunca.

—Bueno, espero que no haya más deserciones, je, je. Cada cual tiene su carácter y los hay originales... ejem. Les aseguro que todos ustedes podrán volver a su casa en el plazo convenido, siempre que lo deseen, claro... A la mayoría de nuestros visitantes les cuesta abandonar Santa

Clara y su marco incomparable... Además de la cena, como el resto de los días, hoy están invitados a todas las consumiciones que hagan en el hotel. ¡Barra libre, ja, ja, ja! Pero cuidado, que mañana les espero en este mismo salón a las diez. ¡Buenas noches y que sean felices! Ejem...

Xabi Mendia tenía pensado quedarse hasta el final del congreso, de modo que no se preocupó por el momentáneo bloqueo aéreo que padecían. Al contrario, lo encontró más bien emocionante, como otra aventura añadida a la aventura fundamental de estar lejos de casa. ¡Estupendo, ya empezaban a pasar imprevistos y cosas raras! Entonces recordó la advertencia de Pío Baroja sobre que a cierta edad uno nunca debería ir a ningún lugar del que no se pudiera volver andando. Bueno, no pensaba atenerse a esa máxima ni ahora ni después. La dificultad de volver se compensaba ampliamente con el placer de marchar... Se despidió de don Nicolás, que estaba visiblemente agotado y prefería retirarse a su habitación sin pasar por el comedor para cenar.

—Quizá pida algo al servicio de habitaciones. De todas formas, suelo cenar ya muy poco... Es la edad, Mendia. ¡Si me hubiera usted visto hace veinte años...!

A Xabi ninguna consideración melancólica sobre el paso del tiempo le cortaba el apetito, de modo que puso rumbo hacia el comedor, lleno de gratas expectativas. Al cruzar el vestíbulo vio a Lequiem gesticulando en el mostrador de la agencia de viajes. Como aún era temprano, se dejó llevar por su instinto periodístico y se acercó a él.

—De modo que nos deja, señor Lequiem.

—Sí, afortunadamente he podido resolverlo. Salgo en el barco dentro de tres horas.

—¿No hubiera sido mejor esperar hasta mañana? Después de todo, también habrá barco la próxima noche...

Resuelta ya su escapatoria, el gordo parecía algo más tranquilo.

—Verá, amigo, es difícil de explicar. Tengo cierto problema con las islas... no soporto verme confinado en ellas. Me ahogan, me... Cuando me apremian, debo irme. Necesito todas las puertas de escape abiertas... Es como la vida, más o menos. Si no supiéramos que podemos dejarla en cuanto queramos, resultaría aún más insufrible. En cierto sentido, de eso iba a tratar mi charla de mañana.

—Pues siento quedarme sin escucharle, de veras. ¿Podría usted resumirme su idea principal? Ya sabe cómo somos los periodistas...

Lequiem le miró un momento, muy serio, y luego se alivió con una sonrisa torcida.

—¿Un resumen? Verá. Creo que la Creación es una zancadilla que Dios le puso a la nada para precipitarnos en el ser.

—Bueno, bueno... —murmuró Mendia, que no era partidario de Leopardi ni de Cioran y sólo aguantaba truculencias metafísicas de don Miguel de Unamuno, por cuestión de paisanaje.

El gordo rebuscó en su cartera y sacó un puñado de hojas sujetas con un clip.

—Mire, es usted un muchacho simpático. Lea esto cuando tenga un rato y quizá entienda por qué me marché de forma tan aparentemente poco razonable. Hasta luego, hasta... ya volveremos a vernos por ahí.

Se alejó, en busca de su maleta y del barco salvador. Xabi dobló los folios y los metió como pudo en el bolsillo de su chaqueta, mientras pensaba en el misterio de la extravagancia humana. Después, sin darle más vueltas a la cabeza, se dirigió al restaurante y cenó estupendamente.

Cuando se encontró en su habitación, Xabi advirtió por toda clase de síntomas que estaba realmente cansado. El desajuste horario convertía el simple hecho de mantener los ojos abiertos en un esfuerzo casi titánico, que evidentemente sería masoquista empeñarse en prolongar. De modo

que se metió en la cama renunciando a la mayoría de sus abluciones rutinarias y apagó inmediatamente la luz, sin hojear siquiera la apetecible novela de Fred Vargas que traía como libro de cabecera. Pero ni la excesiva fatiga ni el *jet-lag* garantizan automáticamente la conciliación del sueño, pues a menudo operan como factores adversos. Xabi tuvo ocasión de comprobarlo.

Media hora más tarde, aún se revolvía inquieto entre las sábanas, sudoroso y algo crispado. Además, la oscuridad potenciaba los diversos rumores del hotel, cuyas paredes no debían de ser precisamente muros babilónicos. El sonido apagado pero nítido de una televisión remota, la descarga de un retrete, la risueña y prolongada despedida de tres amigos en el pasillo, todo le llegaba en sucesión inmisericorde. En la habitación contigua a la suya, justo a la altura de su cabeza y detrás de su almohada, comenzó un íntimo rosario de jadeos y murmullos de los que le fue imposible desentenderse. Crujidos, el *basso ostinato* de un rítmico vaivén... Por encima de los ruidos se alzó una voz congestionada de mujer:

—¡Ay, no! ¡Cochino! ¡Por ahí no! Que no, que no... ¡Qué guarro eres, cariño!

No eran protestas salvo en la forma, en realidad se notaba la voluntad de estímulo.

—¡Por favor, Javier! ¡Marrano, más que marrano! ¡Ay, sigue, sigue!

Encima se llamaba también Javier. Mendia se sintió interpelado, con los nervios y demás órganos de punta. Por un momento tuvo la fortísima tentación de acompañar a la pareja desconocida en su desparrame orgiástico. ¿Por qué no hacerse una buena gallarda? Puesto ya manos a la obra, le asaltó un escrúpulo. Cuando estaba de viaje, hacerse pajas le parecía una especie de renuncia al verdadero encuentro carnal cuya inminencia presentía. ¿Y si mañana...? Frente a las promesas de lo desconocido, los trabajos manuales

implicaban cierta dimisión y un poco de desesperanza. La gratificación onanista era elegir la rutina, regresar al hogar: ¡volver a Euskadi! Prefirió contenerse y encender la luz, mientras tras la pared medianera continuaba la envidiable fiesta.

Como ya estaba irremediabilmente desvelado, era el momento de buscar consuelo en la lectura. Echó mano a la novela de Fred Vargas, pero entonces se acordó del escrito que le había legado Lequiem antes de su fuga naval. Sintió curiosidad y también que, de algún modo, esas páginas inesperadas correspondían mejor a la hora y la circunstancia de su vigilia. De manera que abandonó el lecho revuelto para buscar en el bolsillo de la chaqueta el manuscrito y comenzó a leer.

COMO UNA CABRA

En la isla. 4 de julio

Excelente, verdaderamente excelente idea escaparme a esta isla. Para ciertas cosas soy un genio: ¡viaja conmigo, baby! En el Mediterráneo y en pleno verano nadie puede garantizar tranquilidad suficiente, pero si algo se parece de veras al imposible paraíso del reposo es Leonera. Tradicionalmente rehuida por los incomprensibles alemanes, inencontrable en el mapa por los franceses chovinistas, con precios inasequibles para la devaluada libra de los británicos (¡viva la crisis, pese a quien pese!) y previsiblemente ignorada por los rutinarios hispanos. Un paraíso, ya lo digo, de la ausencia internacional. Precisamente lo que yo necesito. Aquí podré acabar mi libro... en fin, empezarlo al menos, darle un buen empujón. La serenidad sin prisas ni estruendos, el sol permanente, el mar. Podré pasear, podré escribir, leeré todo lo atrasado, engordaré quizá un poco, me pondré moreno, mejoraré. Y olvidaré por fin a Matilde.

7 de julio

Claro, un apartamento de veraneo no tiene las mismas comodidades que la casa de uno en la capital. Pero a veces es un sano ejercicio renunciar a ciertas necesidades que nos hemos ido creando empujados por el consumismo.

Antes vivíamos perfectamente sin muchas de ellas. Los artilugios técnicos son aparentes esclavos, pero en realidad tiranos que nos esclavizan (apuntar esta frase para utilizarla más adelante en algún artículo). Ya dijo el sabio epicúreo que las cosas necesarias son fáciles de conseguir y las cosas difíciles de conseguir no son necesarias.

Con todo, Los Cormoranes es una urbanización confortable, incluso de cierto lujo. Algo retirada del pueblo, pero por ello mismo más tranquila. Nada de motos, qué alivio, ni tampoco parece que haya vecinos escandalosos. De hecho, tengo la impresión de que la mayoría de los apartamentos están desocupados. La crisis, la bendita crisis... Y las vistas son buenas: tras el bosque de pinos (supongo que serán pinos o cosa parecida, la botánica no es mi fuerte) se adivina la proximidad del mar. O sea, que todo va bien. ¿Que la cobertura del móvil es deficiente? Mejor, así no haré ni recibiré llamadas superfluas. No marcha el ADSL, pero para mí el ordenador ha sido siempre, ante todo, una máquina de escribir un poco más sofisticada. Y escribiré, ya lo creo que escribiré. Este alojamiento responde a mis necesidades y, además, mi economía actual no me permite mayor gasto. ¡Adelante, pues! Por cierto, hoy es San Fermín. Lejos de mí todo ese bullicio...

9 de julio

El mobiliario de mi apartamento es sucinto, espartano, incluso desvencijado. ¿Un asco? Puede, pero suficiente. Exceptúo la cama: no la puedo sufrir. Siempre he tenido a gala ser capaz de dormir en cualquier parte. A ver si no: cuando me detuvieron durante la dictadura —era joven, muy joven, los años heroicos... involuntariamente—, pasé varias noches apretujado en un calabozo lleno de colegas mártires. Ellos no pegaban ojo, pero yo me arrebujaba en un rincón y enseguida me quedaba dormido. Hasta me atizaban patadas en las costillas, con la falta de miramien-

tos del compañerismo juvenil, para que dejase de roncar... O sea, que duermo donde se presente, como Napoleón sobre su tambor. Más de una vez me lo reprochó Matilde, experta en resentimientos varios: discutíamos ferozmente, con esa delectación que sólo se obtiene del amor contrariado, y de pronto yo me daba la vuelta y me quedaba frito como un bebé, antes de acabar la polémica. Ni siquiera debo considerarlo verdaderamente como motivo de orgullo, porque no lo puedo remediar. Pues bien, en este catre isleño no consigo pegar ojo. Sin ruidos, sin disputas, aunque también sin sueño. Vueltas y más vueltas, sudando.

Es el calor, desde luego, pegajoso y húmedo, incesante durante toda la noche. Pero también creo que hay algo más, una especie de incompatibilidad radical con el colchón acrílico, con el silencio inane y ajeno de la casa, yo que sé... Resulta que he venido aquí para empezar una vida distinta y de momento lo estoy consiguiendo, aunque a mi pesar. Porque el viejo yo dormía a pierna suelta y el hombre nuevo padece insomnio.

10 de julio

Había conseguido por fin un sueño incierto y agobiado con las primeras luces del día, un reposo de una hora quizá, o de hora y media, cuando llamaron a la puerta. Sobresalto seguido de blasfemias. Era la asistenta, maldita sea su estampa madrugadora. Me complace pensar que también ella se llevó un buen susto ante el espectro horrendo de pelo atribulado y ojos sin vida que le abrió la puerta en calzoncillos. Por lo visto sus servicios —de horario incompatible con lo que los relajados franceses llaman *grasse matinée*— van incluidos en los gastos del apartamento. Es una viuda más bien rechoncha de menos de cuarenta años y de más de tres hijos, que responde, o responderá cuando alguna vez la llame, lo que hoy no es el caso, al nombre de Montse. Como su presencia imprecisa-

mente atareada es fatal para el sosiego de mi alma creadora, me fui a dar un paseo.

Pues, caramba, resulta que el mar está algo más lejos de lo que yo suponía. Bosque y más bosque, de pinos —ya lo dije— o de pseudopinos. Anduve bastante rato, media hora o quizá más, y ya debía de estar a punto de ver la playa, cuando el calor que aumentaba a razón de tres o cuatro grados cada diez minutos me hizo desistir de mi aventura. Un terreno irregular, además, abrupto unas veces y otras deslizante (por culpa de las agujas de pino que cubren el suelo, si no me equivoco), poco favorable a la meditación peripatética. Si Jean-Jacques Rousseau hubiera dado sus *promenades* por aquí, en lugar de ensoñaciones sólo habría conseguido romperse la crisma. No vi ni un alma, claro, *et pour cause*. Nota curiosa: en algunos tramos de mi peregrinaje percibí un olor fuerte y desabrido, aunque no totalmente desagradable. Si no fuera un poco absurdo, diría que huele a queso. Cuando hace años asistí en Normandía a un coloquio sobre Diderot, un colega —cuyas intenciones evidentes no comentaré— me hizo notar que, cuando caen las primeras sombras tras el crepúsculo, ciertos árboles (¿castaños?) desprenden un penetrante olor a semen, y son capaces de convertir cualquier jardín en un perfumado burdel masculino. Pero de aromas a queso entre vegetales no he oído nunca nada.

Entre unas cosas y otras, cuando regresé a casa se me habían pasado las ganas de trabajar (¿las tuve alguna vez?). Despedí a la acuciosa Montse con un gruñido pretendidamente amable, me di una ducha, releí con escaso provecho unas páginas sabias de Carlos García Gual sobre Epicuro, mi ideal inalcanzable, consumí un tetrabrik de gazpacho, abusé del whisky y acabé enfrascado en una serie de televisión sobre vampiros adolescentes. En fin, otro día perdido. Discrepo de la consideración entusiasta del ejercicio físico como potenciador de la salud mental: aburre,

cansa, embrutece, roba fuerzas. Aunque no cabe duda de que últimamente estoy ganando demasiado peso. Bueno, algo habrá que hacer. Pero desde luego, por muchos inconvenientes que tenga la ciudad, no es prudente fiarse del campo.

11 de julio

He dedicado gran parte del día (es decir, de las horas en que no estaba amodorrado por el calor, afanándome en inventar combinaciones refrescantes con más o menos alcohol o sentado a la sombra en el porche escuchando el estruendo metálico de las chicharras) a buscar un título definitivo para mi libro. Sin un título me siento incapaz de comenzar a escribir: es el título el que tira de las páginas sucesivas como la locomotora de los vagones. Para inspirarse o sentirse acompañados, otros ponen sobre su mesa bien visible la foto de la mujer querida; yo necesito poner el título, a la vez origen y meta de mi faena.

Durante meses he venido creyendo que mi libro nonato debía llamarse *Sin miedo ni esperanza*. O sea, una traducción directa de *nec metu nec spe*, el programa estoico para la buena vida (y la muerte, claro). Pero seamos realistas: ¿quién se acuerda hoy de los estoicos? Nadie, y menos de sus ideales. Al lector actual, que es un ave perseguida por demasiados cazadores y ya en grave peligro de extinción, le encanta el miedo: agradece los sobresaltos escritos o filmados, el asesino múltiple o el espectro que sale de la tumba en busca de agradecidas doncellas, las vísceras desparramadas, los alaridos del pánico, la amenaza. Quiere sentirse amenazado, sí, y perseguido y acosado: vivir una agonía en cada página y después cerrar el libro incólume con un escalofrío de satisfacción para irse a tomar su ensalada ecológica y su pan integral. Si no se promete miedo, o, aún peor, si se le asegura que *no* habrá miedo, se va a pasar a otros predios literarios.

¡Y qué decir de la esperanza! La esperanza vende muchísimo. El futuro prometedor, el mañana radiante que canta como un jilguero, la fácil superación de las incapacidades y angustias del presente en catorce lecciones. Cómo conquistar a la hermosa y esquiva vecina, cómo ser feliz en el trabajo, cómo derrotar a la competencia, cómo medrar, cómo dejar de ser imbécil... pasen y lean, todo está al alcance de la mano. El libro es una herramienta, una ganzúa para forzar la puerta blindada del porvenir que contiene todo lo que envidiamos, incluido otro yo menos repulsivo y más convincente. Triunfa el que predica lo que hay que hacer, no el que sobriamente constata que no hay nada que hacer. Quien se declara hostil a la esperanza y se acuerda de Pandora, con el último mal que acecha en la caja fatídica para agravar todos los que ya hay sueltos, ése se convierte en el enemigo público número uno. Y sobre todo, no vende un peine. Declararse sin miedo ni esperanza, así, de entrada, es ahuyentar a la posible clientela.

De modo que hay que buscar un reclamo más astuto, una forma sinuosa de señalar lo que me propongo sin traicionarme ni desanimar al comercio. Mi libro se llamará *Elogio de la eutanasia*. Los elogios son bienvenidos, suenan a puerto en lontananza para guiar al que se marea en la nave de los locos. Y «eutanasia», pese a cierto regusto inevitablemente lúgubre, es palabra prestigiosa porque figura en la lista oficial moderna de derechos a reivindicar contra el oscurantismo opresor. Tiene un matiz heroico pero sin perder su confortable eco anestésico y asistencial. Una combinación genial, irresistible, tras la cual avanzaré poco a poco mis inquietantes mensajes. *Larvatus prodeo*. Que muerdan el anzuelo los perezosos besugos. Tiempo habrá de revelarles que la eutanasia bien entendida empieza por uno mismo... Ahora, con la bandera del título izada, ya sólo me queda ponerme manos a la obra.